GT 9: Etnografías uruguayas hoy día: aproximaciones antropológicas y fronterizas

Jóvenes, educados, ¿consumidores globales? Etnografía en y sobre desplazamientos en la región metropolitana de Barcelona.

Mabel Zeballos Videla

Doctora en Antropología Social

mabelzeballos@gmail.com

Como parte de una investigación junto a migrantes uruguayos, sobre sus formas de habitar en ciudades catalanas y brasileñas, experimenté entre setiembre de 2011 y agosto de 2012 una serie de encuentros e interlocuciones etnográficos pautados por un escenario urbano peculiar: el de las dinámicas metropolitanas alrededor de la ciudad de Barcelona. En ese contexto construí una serie de preguntas y reflexiones sobre los desplazamientos de un grupo bastante específico de migrantes uruguayos. Me refiero a hombres y mujeres de entre 25 y 40 años, que a la luz de los recortes estadísticos pueden categorizarse como migrantes «económicos» o «trabajadores migrantes», salidos de Uruguay ya iniciado el siglo XXI, y especialmente a partir del empuje migratorio registrado en el contexto de la crisis financiera de 2001-2002.

Mis preguntas y tentativas de interpretación remiten a sus proyectos migratorios, las posibilidades de realización a partir de lugares sociales específicos y de trayectorias que se delinean entre las familias de origen, la formación en el sistema educativo uruguayo, y las metamorfosis operadas en las localidades de recepción[1], en clave transnacional. En particular, me instigaron cuestiones relativas al supuesto o mito del «Uruguay culto», a las valoraciones de los sujetos sobre sus habilidades y diplomas para el desempeño en otras sociedades/ciudades y a sus interpretaciones sobre la mirada de los otros, incluidas ahí las jerarquías entre migrantes trazadas en un contexto «multicultural».

Mi trabajo etnográfico previo se había circunscripto a escenarios urbanos del sur de Brasil, que a pesar de guardar cada uno de ellos peculiaridades distintivas, comparten un «aire» familiar. La llegada a Cataluña significó la inmersión en nuevos paisajes. No sólo cambiaron las formas urbanas, yo misma vine a situarme de otra forma tanto en mi experiencia personal, como en mi

[1] Quiero declarar aquí la deuda que este análisis tiene con las elaboraciones de Gilberto Velho (1994) sobre el papel de la delimitación de proyectos para pensar la consistencia de las trayectorias de los individuos, así como las contingencias sociales en las que estos proyectos se realizan, y sobre el papel de la memoria a la hora de evocar esas trayectorias y de interpretar esos proyectos.

vivencia del paisaje con fines etnográficos (si es posible establecer una separación entre estas esferas durante el trabajo de campo).

Luego de un período de no más de quince días viviendo en una ciudad metropolitana de Barcelona, Sabadell, pasé a residir en otra ciudad y en otra provincia, Tarragona. Estos primeros días próximos a la capital catalana me colocaron en contacto con la centralidad de Barcelona para las circulaciones de bienes, servicios y personas a través de la provincia catalana del mismo nombre. Mi vida posterior me llevó a una ciudad balnearia, cuyas playas sobre el Mar Mediterráneo atraen continuamente al turismo europeo y extra-europeo, sobre todo en los meses de verano.

Tarragona es también punto de confluencia de estudiantes universitarios convocados por la presencia de la Universidad *Rovira i Virgili*, en la que yo también encontré acogida. Esta característica de la ciudad a la que llegué a residir me colocó en contacto casi exclusivo, al menos durante los primeros tres meses, con una variada población de estudiantes extranjeros de grado y de posgrado, con muchos de los cuales sólo me era posible la comunicación en lengua inglesa.

A diferencia de otras experiencias etnográficas, y pienso muy especialmente en la narrada por Eduardo Álvarez (2011) sobre su inmersión en Barcelona, mi vivencia de extranjera tuvo lugar desde un lugar bastante confortable, garantizado por una beca de estudio otorgada por el gobierno brasileño en mi calidad de doctoranda de una universidad de este país. Esto significó una dedicación total a la investigación etnográfica, pero también una circunscripción bastante fuerte a un circuito de clases medias universitarias y de extranjeros involucrados en actividades de movilidad estudiantil propiciadas por programas como las becas Erasmus de la Unión Europea.

Durante la investigación realizada en Porto Alegre y Florianópolis (Brasil), entre 2009 y 2011, había desarrollado, por un lado, una intensa observación de prácticas de activismo político transnacional, así como de formas precarias e informales de incorporación, por otro. Mi propio esfuerzo de extrañamiento me había hecho descartar la observación de las prácticas de circulación transnacional de estudiantes y personal altamente calificado entre Uruguay y el sur brasileño, sobre todo alrededor de la ciudad de Porto Alegre, cuya oferta académica constituye un polo de atracción importante para estos grupos de uruguayos. Itinerarios más o menos aleatorios y el efecto «bola de nieve», producto del seguimiento de redes de relaciones, me pusieron en contacto mayoritariamente con personas de 50 y más años, muchos de ellos con varias décadas fuera de Uruguay, trabajadores, comerciantes y artistas, y unos pocos profesionales.

Había percibido que estas circulaciones regionales no se comprendían, desde el punto de vista de los migrantes uruguayos, retirándolas de un circuito más amplio, de escala global y, al mismo tiempo, con fuerte anclaje referencial en Uruguay. Llegar a Barcelona era posible y valía la pena: allí tenía parientes que me recibirían, es la capital de una de las comunidades autónomas españolas que acogieron buena parte de la emigración reciente de uruguayos (2000-2004) y como

destino académico llenaba los requisitos de la agencia brasileña de financiamiento. Con poblaciones que rondan el millón y medio de habitantes, Porto Alegre y Barcelona, así como Montevideo, podrían simular ser escenarios urbanos comparables. Esto no tranquilizó las críticas del tribunal evaluador de mi tesis, pero mi intención nunca se aproximó seriamente a estas justificativas cuantitativas.

Las razones que llevaron a miles de uruguayos a ciudades españolas e italianas durante y después de la última crisis económica regional del Cono Sur, se asemejan y se distinguen de las que durante toda la historia del Uruguay llevaron a tantos miles a las ciudades vecinas como Buenos Aires en Argentina o Porto Alegre en Brasil. Mi experiencia investigativa y vital me situaría en estas continuidades y discontinuidades de modo diferencial, no sólo porque mis interlocutores fueron otros, sino porque otras fueron las circunstancias de la interlocución a un lado y otro del Atlántico. Desde este punto de vista, cuenta más la similitud del paisaje urbano montevideano con la configuración de las ciudades catalanas, que las dimensiones demográficas o los índices de desarrollo, tal vez más próximos entre la industrializada región metropolitana barcelonesa y la portoalegrense. Me orientaba un interés por imágenes y narrativas de memoria y las experiencias de origen de mis interlocutores estaban dominadas por vivencias montevideanas, incluso las de aquellos nacidos en otras localidades uruguayas. Así pues, la arquitectura, el uso de la costa mediterránea como espacio público urbano, algunas prácticas como el asociacionismo barrial y la expansión de áreas residenciales costeras, emergían en el encuentro etnográfico bajo la forma de espejos y espejismos mediante los cuales hacer etnografía en Catalunya se tornó una experiencia «más familiar» que la vivida en las ciudades brasileñas.

No obstante, una intensa movilidad metropolitana, pautada fundamentalmente por una densa infraestructura vial y ferroviaria, me situó frente a tránsitos cotidianos y a mudanzas entre ciudades en una escala más amplia que la conocida por montevideanos y habitantes del área metropolitana. Si bien en las últimas décadas muchos uruguayos dejaron de residir en la capital pero continúan trabajando en ella, sus desplazamientos no superan en general los 50 quilómetros y es más densa la población que se desplazó a menos de 30 quilómetros de la capital. Alrededor de Barcelona es posible pensar la metropolización considerando un anillo de localidades situadas hasta a 100 quilómetros de la capital (Cf. Pujadas, 2012).

Precisamente, 100 quilómetros separan a Tarragona de Barcelona y las líneas ferroviarias de media distancia de «la Renfe» (empresa estatal española) eran mi opción para transitarlos. Este tránsito se tornó habitual para mí, tanto porque debía visitar la capital para realizar entrevistas y observaciones, como porque hacia allí debía dirigirme para enlazar otras líneas ferroviarias con el objetivo de visitar a mi familia, residente en Sabadell, a unos 30 quilómetros de Barcelona. Las estaciones ferroviarias se tornaron así en lugares de intensa observación y los trenes de la Renfe,

así como los «*Ferrocarrils Catalans*» (empresa de la *Generalitat* Catalana), lugares de encuentros y descubrimientos.

Una mañana de sábado, al acomodarme dentro de un coche de la S2, línea de los ferrocarriles catalanes que me llevaría del centro de Barcelona (Plaza Catalunya) hasta el centro de Sabadell, conocí a Miguel. Al levantar la vista lo tenía frente a mí con su matera de cuero, volviendo del cierre de la campaña electoral del partido catalán en el que comenzó a militar desde que ganó tiempo libre gracias al desempleo. Un hombre de más de 50, que emigró varias veces entre Uruguay y otros destinos, incluido Brasil, y que terminó en España siguiendo los pasos de uno de sus hijos, ya adultos todos.

De todos esos lugares, tan cargados de sentidos para los que por allí transitan, encuentran refugio y alimentan deseos y angustias en medio de la aceleración contemporánea, elijo la Estación de *Sants* como punto de llegada y de salida de mis tránsitos y de las redes que pude tejer desde allí, sobre todo a partir de la enunciación de Javier, colega e interlocutor, para quien: «Sants representa luego de tanto vericueto, de tantas vueltas, idas y venidas, el reinicio, el F5 de lo que habíamos dejado en Montevideo.» (Javier, Barcelona, 1 de julio de 2012)

En el trayecto Tarragona-Barcelona, *Sants* es la primera estación de la ciudad global, otrora ciudad condal. *Sants* constituye un importante nudo de comunicación para la capital catalana. Allí confluyen y se establecen conexiones de y para las más diversas localidades, dentro y fuera de la comunidad autónoma. Estación de ferrocarriles, de metros y de ómnibus, en *Sants* la ciudad pulsa intensamente, en un ritmo que parece no parar ni en fines de semana ni en feriados. Surgen del subsuelo trabajadores que ponen en movimiento la urbe, turistas recién llegados al internacional aeropuerto de *El Prat de Llobregat*, y miles de migrantes cargando con sus estatus diferenciados en ese complejo panorama social. Yo acostumbraba evitar *Sants*, prefiriendo la más céntrica pero no tan densa estación de *Passeig de Grácia*, próxima a la Plaza Catalunya y a las turistificadas ramblas, donde turistas y vendedores de baratijas, carteristas y artistas ocupan sus lugares en las jerarquías locales de la globalización: unos perseguidos por la policía, otros por la publicidad y el consumo. Siguiendo el trayecto de los trenes que entran a Barcelona desde el sur, como lo hacen los que provienen de Tarragona, luego de *Passeig de Grácia* se sitúa la tercera y última estación, *França*. Allí salta del tren Pedro, quien vive con su esposa Agustina en las proximidades del *Raval*, barrio central de Barcelona, lleno de vida comercial y cultural, pleno también de extranjeros y, visiblemente, de pequeños comerciantes paquistaníes que dominan el comercio de carne y alimentos al por menor.

Las historias de Pedro (32) y Javier (38) se aproximan y se distinguen de las de Elisa (42), Cecilia (35), Gabriel (39) y Pablo (32). Todos ellos uruguayos emigrados entre 2003 y 2008 hacia España, llegados a Catalunya, o a Valencia en el caso de Pablo. Nacidos dentro y fuera de Montevideo (Elisa es de Treinta y Tres, Pedro de Juan Lacaze, Cecilia de Minas), casi todos a

excepción de Cecilia, con largas e intensas vivencias montevideanas y todos con Montevideo como referencia especular de sus experiencias *en catalá*, pues tarde o temprano la inmersión lingüística se torna obligada en estas comunidades del Estado español, sobre todo en la catalana, pero no menos en Valencia. Todos ellos cuentan con entre 12 y 16 años de escolarización: Elisa es artista plástica y Licenciada en Letras por la Facultad de Humanidades (FHCE) de la Universidad de la República (Udelar), mientras que su esposo es Ingeniero Civil (Udelar); Javier es Licenciado en Antropología (FHCE-Udelar), al igual que su esposa Natalia; Cecilia es Profesora de Educación Física por el Instituto Superior de Educación Física (ISEF). Pedro abandonó la Licenciatura en Comunicación de la Udelar antes de emigrar, su esposa Agustina es maestra. Gabriel había abandonado la carrera de Ayudante de Arquitecto (IEC - Universidad del Trabajo del Uruguay) mucho antes de emigrar, al igual que su esposa. Pablo ingresó a la universidad y realiza actualmente un posgrado en Comunicación en la Universidad de Gandia, Valencia. Finalmente, todos ellos cuentan actualmente con doble nacionalidad, uruguaya y española.

Sus experiencias no son generalizables y las de uno no sintetizan bien las de los otros. Por lo tanto volveré a Pedro y a Javier y a las estaciones de *Sants* y *França*. Sin embargo, cabe señalar que estos uruguayos, relativamente jóvenes y con niveles medios y altos de instrucción, expresaron de una u otra forma un deseo de salir al mundo y de expandir los horizontes de posibilidades que sus localidades de origen les ofrecían. Ellos narraban sus desplazamientos y sus permanencias en y alrededor de Barcelona como una forma de participación en un mundo amplio, del que siempre tuvieron noticias y que deseaban experimentar en primera persona. Quedó enfatizada en nuestras interlocuciones la singularidad de esta llamada «ciudad global» (Cf. Sassen, 2003), por otra parte, ciudad situada del lado de allá de la «gran frontera» que separa a los países paradigmáticos de la modernidad de los países deseosos de modernidad (Cf. Segato, 2003). Allí es posible, entre otras cosas, desarrollar ciertas prácticas y consumir ciertos bienes que, para los mismos sujetos, eran difíciles, o imposibles, de alcanzar en sus vidas montevideanas.

Pedro, Agustina y otros jóvenes de *El Raval*

Una tarde de jueves de febrero de 2012, embarqué en un tren desde Tarragona con destino a Barcelona:

> Estaba yendo por el fin de semana a Sabadell, en un período de convivencia más intensa con mi prima en virtud del viaje de un mes de su marido hacia Uruguay. Esa mañana había visitado el mercadillo de la *Rambla Nova* y había conversado brevemente con Noelia, mi interlocutora uruguaya en esa feria. Por lo tanto, me ubiqué en un asiento del lado del mar y comencé a escribir algunas notas de campo en mi portátil. Al otro lado del pasillo y una fila más atrás podía ver un hombre joven que también escribía o navegaba en internet en un aparato portátil, probablemente una *tablet*, al tiempo que oía música con unos grandes auriculares. Me llamó la atención el paralelismo. Ya había reflexionado otras veces sobre las diversas actividades que las personas realizan en los trenes y metros,

> muchas de ellas mediadas por aparatos como teléfonos portátiles inteligentes, dispositivos de imagen y sonido de bolsillo, computadores, libros electrónicos. Todo tipo de actividades menos conversar con un pasajero desconocido, algo que sería más común en el Cono Sur[2]. (*Diario de campo*, 9 de febrero de 2012)

En determinado momento el joven cambió de lugar, quedando justo en el asiento delante de mí. Llegando a Barcelona, después de casi una hora de viaje, realizó o recibió una llamada telefónica. Al oír su acento y algunas palabras rioplatenses supe que estaba frente a un uruguayo o un argentino. Luego de mucho dudar y cuando ya estábamos entrando en *Passeig de Grácia*, donde yo debía bajar del tren, le pregunté «¿argentino o uruguayo?». Me sorprendió que respondiera «uruguayo» y se presentara, «Pedro», extendiéndome la mano. Le expliqué en menos de un minuto mi misión etnográfica y obtuve su número de teléfono. Días después iría a entrevistarlo en su casa en *El Gotic*, más tarde encontraría a su esposa, Agustina, en un café del mismo barrio y poco después visitaría en el barrio vecino, *El Raval*, a la hermana de Agustina y varios jóvenes uruguayos que comparten allí un apartamento. Pedro se transformó en la llave de acceso a una red de jóvenes unidos por parentesco, amistad, lazos de trabajo y/o de convivencia. Todos llegaron a Barcelona en momentos diferentes y allí se reunieron siguiendo redes de conocimiento previas o a través de nuevos vínculos surgidos, sobre todo en un circuito de trabajo ligado a la hotelería y la gastronomía. Cargados de interesantes montos de capital cultural, social y muchas veces económicos (estudiantes universitarios, hijos de familias de «clase media montevideana», con la variabilidad que esto implica) estos jóvenes sobreviven entre empleos más o menos informales, casi nunca estables, y dicen preferir invertir más dinero en cultura y recreación que en vivienda (adoptando la estrategia de compartir piso y dividir gastos). Ya Pedro y Agustina, llegados a Barcelona en 2007, casados y mayores que los amigos de la hermana de ella, alquilan su propio apartamento y proyectan un retorno a Uruguay, como lugar para tener hijos. Sin embargo, ellos también enfatizan como atractivo del área que ocupan en la ciudad las posibilidades de asistir a espectáculos musicales y de teatro, la intensa vida cultural y el costo relativamente bajo de la vivienda. Pedro no puede dar continuidad a sus estudios en Comunicación, iniciados en Uruguay, un poco por las dificultades para revalidar sus créditos académicos, un poco porque debe trabajar para sustentar el hogar junto a Agustina. Sin embargo, él destaca esas posibilidades de consumo cultural como satisfactoras de un deseo de modernidad y cosmopolitismo que, narra, naciera ya en su «pequeña» Juan Lacaze (Colonia, Uruguay). Y subraya su hábito de asistir cada lunes a una *Jam Session* de un conocido Jazz Café del centro barcelonés. Agustina, formada como maestra en Montevideo, estaba realizando su segundo curso

[2] Tiempo después mi orientador catalán, el profesor Joan Josep Pujadas, me alertaría sobre una especie de comunidad en movimiento, los *commuters*, que generan verdaderos vínculos entre compañeros habituales de viaje en ferrocarril. Evidentemente yo nunca llegué a moverme con horarios regulares y quedé de este modo confinada al grupo de los viajeros solitarios.

de posgrado al momento de nuestro encuentro (marzo de 2012) y destacaba que estaba especializándose en un área de la educación escasa o nulamente desarrollada en Uruguay.

Como señala Diego Hernández (2007), para algunos jóvenes uruguayos la motivación para emigrar es «el acceso a bienes y prácticas distintivas», que son escasos o caros en el mercado uruguayo. No se trata sólo de bienes disponibles en el mercado económico *strictu sensu*, sino de bienes culturales y simbólicos. Pedro, Agustina y los otros jóvenes a los que accedí a través de ellos no llenan el estereotipo del trabajador migrante que huye del desempleo y los bajos salarios de su país de origen. Muchos de ellos podrían graduarse en Uruguay y, gracias al capital social y económico de sus familias, acceder a buenas posiciones laborales. No obstante, eligen vivir en Barcelona como mozos de bares, no reciben dinero de sus familias y celebran estar allí «donde todo sucede», cerca de los circuitos de la música, el teatro, la danza, o donde pueden continuar estudiando.

Antes de pasar al caso de Javier, me gustaría introducir algunos trazos de la trayectoria de Agustina y Pedro, para justificar la relativización esbozada arriba respecto de la noción de «clase media montevideana», así como la recurrencia a las elaboraciones de Hernández (2007) sobre «argonautas de los shoppings boreales», en tanto jóvenes de clases «media y alta». Siendo usadas las categorías de clase en la sociedad uruguaya con gran flexibilidad, e incluso siendo negadas o minimizadas como factores de diferencia, destaco que a pesar de orígenes bastante disímiles Pedro y Agustina son visibilizados en los escenarios urbanos locales como iguales. Opera aquí el efecto de estar insertos en redes más o menos superpuestas de estudiantes universitarios, consumidores de «cultura joven montevideana», habitantes de espacios centrales de la ciudad y partícipes de cierto horizonte imaginario común, que incluye el deseo de «mundo» como parte del proyecto de vida individual.

Sin embargo, Agustina es hija de un empresario montevideano y una madre profesional que nunca precisó trabajar hasta que decidió divorciarse. Agustina y sus hermanas crecieron en un barrio residencial de clases medias, medias altas, en la costa este de Montevideo, y fueron educadas en un colegio particular de los más caros y prestigiosos de la ciudad. Para ella el ingreso al magisterio en un instituto público significó un contacto radical con «la realidad» y la salida de una «burbuja» en la que considera retrospectivamente haber vivido hasta entonces.

Por su parte, Pedro es hijo de una humilde empleada doméstica de una pequeña localidad del interior, empobrecida por el proceso de desindustrialización que la afectó en la segunda mitad del siglo XX. Fue educado en la escuela pública, y él y sus hermanos fueron sustentados con esfuerzo por su madre, sin apoyo económico ni afectivo del padre. Pedro decidió emigrar a Montevideo en busca de ampliar su horizonte de posibilidades a través del estudio de una carrera universitaria. Esto implicó vivir en residencias estudiantiles, trabajar como portero de hotel o cadete de

supermercado. Consiguió ingresar a la Licenciatura en Comunicación pero no concluyó la carrera.

Se conocieron precisamente en esos circuitos montevideanos donde las prácticas y la pertenencia reducen las distancias sociales de origen y ese encuentro duradero, coronado por un proyecto común y la creación de una familia, dice bastante sobre horizontes de sentido compartidos, precisamente en las intersecciones de las «medianías» (Rial, 1986) uruguayo-montevideanas.

Javier: *Sants* es el F5 de lo que habíamos dejado en Montevideo

Esta estación de trenes y sus alrededores, paisaje ajeno para mí, sería elegido por Javier para nuestro encuentro. Contactarlo no fue tan aventurado como contactar a Pedro. Javier está casado con una antropóloga uruguaya que estudiaba en la *Rovira i Virgili* a mi llegada a Tarragona. Durante los primeros meses de mi estadía ambos vivían en la *Part Alta* de esta ciudad, parte antigua de configuración comparable al barrio Gótico donde viven Pedro y Agustina. Al momento de entrevistar a Javier, acababan de mudarse, una vez más, para Barcelona, para el barrio de *Sants*. Su esposa, Natalia, había concluido la maestría en Tarragona, tiempo durante el cual Javier había recorrido los 100 quilómetros desde y hacia la capital para trabajar. Ahora invertían papeles y Natalia pasaba a viajar cotidianamente en tren para continuar trabajando en la universidad tarraconina, al menos por un tiempo. En ese contexto surge el enunciado de Javier: F5, reinicio, volver a comenzar, eso significaba para él, en junio de 2012 mudarse a *Sants*.

Esta joven pareja tomó la decisión de casarse en Montevideo, donde ya vivían juntos, con el fin de emigrar a España. Natalia poseía ciudadanía europea por herencia paterna. El casamiento amplió ese estatus a Javier quien, a su vez, tenía una hermana viviendo en Barcelona, lo que lo animaba a viajar, contando con una mínima red de acogida en tierras catalanas.

Emigraron en 2008 y recién en el verano europeo de 2012 Javier consideraba haber alcanzado el «F5» de su cotidianeidad montevideana. Ese reinicio, al que refiere apelando a la jerga informática con la que está muy familiarizado, no es una repetición, una continuidad de lo mismo, lo idéntico. Al contrario, se trata de la continuidad de su identidad biográfica a través de las transformaciones y cambios que las experiencias en la nueva tierra le posibilitaron. De hecho, Javier se reinventó profesionalmente en Barcelona y la pareja tuvo que superar momentos críticos, en los que la ruptura que significó el viaje migratorio amenazó el propio vínculo.

En esos cuatro años se mudaron al menos dos veces entre Barcelona y Tarragona e inclusive estuvieron un tiempo separados. Ese tiempo es recordado como especialmente crítico por Javier, asociado a una breve residencia en la localidad metropolitana de *L'Hospitalet de Llobregat*, conocida como ciudad metropolitana que alberga gran número de inmigrantes. Allí fue donde experimentó con intensidad el extrañamiento, la extranjeridad y la diferencia, lejos de la familia y

los amigos y en medio a personas que le resultaban particularmente diferentes (esto probablemente no sólo en términos étnicos o nacionales, sino también de clase).

Y allí en *Sants*, en el Parque Industrial España junto a la estación ferroviaria, comenzó a contarme esas experiencias, a rememorar y dejar emerger sentidos. Precisamente en aquella estación él había embarcado y desembarcado a diario, durante la residencia en Tarragona. En la época de nuestro encuentro Javier ya había redefinido su proyecto de vida en Barcelona, había experimentado el *round trip* (Torresan, 2011) o viaje de vuelta a Montevideo, y se pensaba en términos completamente transnacionales.

Había dejado Uruguay, como los otros interlocutores mencionados arriba, en medio de cierta insatisfacción material y emocional. Mantenía múltiples empleos para vivir y deseaba salir al mundo, experimentar otro estilo de vida. Como adelanté, para estos sujetos el viaje se tornó necesario o evidente en algún momento de su vida, como forma de completar un proyecto vocacional o de superar los límites percibidos en la sociedad uruguaya para el desarrollo personal.

Al evocar sus experiencias, Javier coloca en el centro de su evaluación del proyecto emigratorio el descubrimiento de una nueva vocación, gracias a las oportunidades encontradas en Europa. Siendo antropólogo de formación, nunca trabajó como tal en Uruguay y ni siquiera lo intentó en Catalunya. Se dedicó a estudiar Diseño Web, área que siempre le atrajo, sobre todo como herramienta comunicacional (Javier escribe poesía y había transitado por radios comunitarias en su época de estudiante en Montevideo).

Es en esta evaluación que se sedimenta su identidad transnacional. Por un lado, incorporado a la sociedad receptora y proyectándose allí. Por otro, ligado a la tierra de origen. Como Pedro y los otros jóvenes mencionados, al referir a sus formas de incorporación, Javier enfatiza el acceso a recursos culturales, signos de prestigio, en lo que entiendo, siguiendo a Grant (1995), como una explotación de las diferencias regionales en las estructuras de oportunidades que persisten entre el país de nacimiento y el nuevo país. Para el caso uruguayo, cabe agregar que estas diferencias se han tematizado históricamente en términos de una orientación hacia referentes culturales externos, donde el cosmopolitismo asume la forma fundamental del eurocentrismo.

Podría decirse que los proyectos migratorios de estos sujetos se orientan por una cualidad de clase media (montevideana) o *middle classness* (Grant, 1995) y que, en las condiciones contemporáneas de transnacionalidad, la participación de una cultura global de consumo es parte de esa cualidad.

La condición transnacional de la trayectoria de estos sujetos emerge muchas veces frente a la pregunta sobre las posibilidades de retorno más o menos permanente a Uruguay. En este sentido el primer viaje de vuelta se torna crucial. Como señala Angela Torresan (2011), al tratar de la narrativa fílmica del primer viaje de regreso a casa de una mujer brasilera que vive en Lisboa, es

ese viaje un momento fundamental en la construcción del «campo social transnacional personal». Ese es el momento en que los migrantes condensan una consciencia de estar viviendo a través de fronteras y perciben la ausencia de separaciones nítidas entre los lugares de su memoria y las prácticas de hogar (2011: 125-126).

Así, Javier, al evocar su primer viaje de visita a Uruguay, como migrante, concluye:

> Cuando yo regreso a Montevideo ya estoy pensando «ah, bueno, acá tengo cosas por qué quedarme», acá en Barcelona, ¿no? Es decir que me agarra mejor parado que si hubiese vuelto, eh… a los quince días o al año, ¿no?, que creo que me hubiese quedado [sonríe].

Y, al mismo tiempo, apunta que el regreso a Montevideo lo devuelve a casa, porque allí también encuentra motivos para estar con otros:

> …volví a mi lugar. Sabía exactamente dónde estaba todo, qué posturas tener, qué idioma hablar, cómo se le llama a las cosas, dónde están, dónde ir a buscar lo que me gusta, dónde evitar lo que no me gusta. Todo, todo, todo. Fue como… prendí el «modo Montevideo» y… y estaba todo ahí, estaba todo ahí. Eso fue… muy lindo, muy maravilloso. Saber que es tu lugar. Saber que, aunque no sea muy elaborado, lo que a vos te gusta es una pizza con fainá y una cerveza en un bar.

Porque como señala Torresan, son las relaciones sociales concretas, lugares y objetos concretos los que anclan al migrante transnacional tanto en las ciudades de origen como en las de acogida.

Para terminar quisiera decir a partir de las trayectorias de estos interlocutores que la educación, entendida como adquisición de habilidades cognitivas o de diplomas, no siempre habría sido activada por estos individuos en su incorporación a la sociedad de recepción en un sentido de ascenso ocupacional respecto a sus posiciones laborales de origen.

Sin embargo, las afirmaciones de otros migrantes, especialmente de generaciones anteriores, sobre el alto valor de la educación uruguaya no carecen totalmente de sentido. Uno de sus valores es el de constituirse la escuela pública como lugar de encuentro de clases y en ese espacio de adquisición de capital social y hábitos y prácticas que pueden significar herramientas para la participación de otros contextos socio-culturales. Por otra parte, la asunción de una cierta condición de clases medias puede operar en la construcción de identidades que, en la confrontación con las sociedades de llegada, coloca a los migrantes uruguayos en condiciones de interlocución y participación de grupos sociales locales tal vez vedados a otros migrantes.

Referencias

Álvarez Pedrosian, Eduardo. «Los abusos de Ayman. Movilidad y comunicación transcultural en espacios de la metrópolis catalana». En: Álvarez P., E. Y Guigou, Nicolás (coord.). *Espacios etnográficos y comunicación urbana*, Montevideo, Udelar-CSEP, 2011. pp. 19-54.

Grant, Geraldine. «International Migration, 'Middle Classness' and the State». En: *Urban Anthropology and Studies of Cultural Systems and World Economic Development*, Vol. 24, No. 3/4 (Fall-Winter, 1995), pp. 281-312. Disponible en: http://www.jstor.org/stable/40553287 (Acesso em: 17/06/2012)

Hernández, Diego. «Los argonautas de los shoppings boreales». En: Diconca, Beatriz e Gabriela Campodónico (comp.). *Migración uruguaya: un enfoque antropológico*, Montevideo, Udelar-FHCE – OIM, 2007. pp. 105-124.

Pujadas, Joan Josep. «Itinerarios metropolitanos: policentrismo, movilidad y trayectorias personales en la ciudad porosa». En: *Biblio 3w: Revista Bibliográfica de Geografía y Ciencias Sociales*, v. XVII, n. 968, Barcelona, Universitat de Barcelona, marzo de 2012. Disponible en: http://www.ub.edu/geocrit/b3w-968.htm

Rial, Juan. «El "imaginario social" uruguayo y la dictadura. Los mitos políticos de (re-construcción)». En: Perelli y Rial. *De mitos y memorias políticas. La represión, el miedo y después…* E.B.O., Montevideo, 1986. pp. 15-37

Sassen, Saskia. «Localizando ciudades en circuitos globales». En: *Revista Eure*, v. XXIX, n. 88, Santiago de Chile, diciembre de 2003. pp. 5-27.

Segato, Rita Laura. «Identidades políticas y alteridades históricas. Una crítica a las certezas del pluralismo global». En: *Nueva Sociedad*, 178, Caracas, Texto, marzo-abril 2002. pp. 104- 125.

Torresan, Angela: «Round Trip: Filming a Return Home». En: *Visual Anthropology Review*, Vol. 27, Issue 2, Fall 2011, pp. 119–130.

Velho, Gilberto. *Projeto e metamorfose. Antropologia das sociedades complexas*, Rio de Janeiro, Zahar, 1994.